

Enseñar. Un placer, si nos dejaran.

En febrero los fríos nos traen palabras que parece que ya no existían. Por eso me gusta febrero, es un mes muy dado a la reflexión. Aunque Don Carnal, preparando la guerra contra Doña Cuaresma, nos distraída algunos días.

Y estos vientos helados, me han tenido preocupado algún rato que otro. Arrastran en remolino, tras sí, muchas palabras.

Llevo muchos años enseñando. Tantos, que, a veces, olvido contarlos. He aprendido mucho en este camino, con mis alumnos. El aula es una larga carretera llena de paradas. Es maravilloso escuchar las inquietudes de alumnos y alumnas. Es impresionante comprobar cómo aprenden y van cambiando a causa del conocimiento, que es peligroso, como una enfermedad.

Febrero me tiene preocupado. Me trae tantos discursos, recuerdos y palabras vacías que no hacen sino decirme que las cosas no van bien.

Otra vez se habla de enseñanza. Otra vez, desde despachos o tribunas públicas se quieren proponer cambios.

La enseñanza está en el aula. Hay que ir a buscarla y allí entenderla. Dialogar con ella y no teorizarla y llenarla de términos absurdos. O de promesas vanas.

Desde hace muchos años me habla y me dice que la dejen en paz.

Ella vive e las aulas. En las casas, con los padres, las ideologías, las doctrinas, la fe.

En el parlamento, con la clase política, están las decisiones que atañen a mejorar los medios para llegar a ella. A que sea más democrático el acceso a la sabiduría o a que no sólo esté en manos de los más poderosos.

Pero ella, la simple y llana sabiduría, está en las aulas. De ella se ocupan los enseñantes.

Quizá es que los políticos, los responsables de las administraciones públicas, los padres y madres, no saben que hay que dejar que los enseñantes enseñen. Hay que permitir, que ella, la denodada enseñanza, señoree en su reino.

No más cambios de ropaje, no más sobrenombres ni afeites vanos.

Dejemos limpia a la dama, que ya lo dijo un poeta.

Vino primero pura,  
vestida de inocencia;  
y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo  
de no sé qué ropajes;  
y la fui odiando sin saberlo.

Llegó a ser una reina  
fastuosa de tesoros...  
¡Qué iracundia de yel y sin sentido!

Más se fue desnudando  
y yo le sonreía.

Se quedó con la túnica  
de su inocencia antigua.  
Creí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica  
y apareció desnuda toda.  
¡Oh pasión de mi vida, poesía  
desnuda, mía para siempre!

Juan Ramón Jiménez, Eternidades.

Responsables de gestionarnos, no olviden que los enseñantes, sufrimos los cambios, los matices, las decisiones tomadas desde lejos, sin alma y sin sentido.

Yo les diría que se ocupen de que dama esté bien, de que llegue a todas partes, de que todo ciudadano tiene derecho a ella. Pero las reformas, si las hubiere tendrían que hacerla aquellos que viven bajo las siglas de la sabiduría, el arte y la docencia, no los que viven bajo los signos políticos a los que deben pleitesía.

Dejar a la dama que sólo ha de llegar mejor a su meta. Hacer que niños y niñas se conviertan en hombres y mujeres libres para pensar. Son ustedes los que están obligados a hacer que la sabiduría llegue a todas partes, no a decidir, amparados en el juego parlamentario, qué deben saber las personas.

¿No se nos puede educar para acceder al conocimiento libremente? ¿No hemos llegado a un estado de evolución y madurez para saber discernir solos lo que es conocimiento y lo que es ideología? ¿O adoctrinamiento?

Soy feliz enseñando a leer a nuestros clásicos, a descubrir los grandes libros de la historia de la humanidad, a navegar por los apasionantes senderos de nuestra hermosa lengua, a perdernos por el bosque de las palabras.

Luego, cada uno debe encontrar solo el camino de regreso.

En febrero, los vientos fríos arrastran parabras ardientes.